

12. CÓMO EL HOMBRE MALINTERPRETÓ A SU HACEDOR

*"Ningún arroyo desde su fuente
Fluye hacia el mar, por solitario que sea su curso,
Sin que alguna tierra se alegre.*

*No hay estrella que se levante Y se ponga, sin influencia en alguna parte.
¿Quién sabe lo que la tierra necesita de la criatura más humilde de la tierra?
Ninguna vida puede ser pura en su propósito y fuerte en su lucha,
Y toda la vida no ser más pura y más fuerte por ello."*

-- Owen Meredith.

*"Nuestros ecos ruedan de alma en alma.
Y crecen para siempre jamás". - Tennyson.*

No hay más que dos caminos en la vida para que los hombres viajen, aquél que lleva hacia arriba con felicidad que aumenta constantemente, a Dios, el otro hacia abajo a través de la oscuridad y hacia la muerte. El primer camino es el de la ley de

Dios. A menudo oímos decir a los hombres cuando han hecho algo peculiar: "Bueno, ese es mi camino". Esta ley es el camino de Dios. Es el camino de los ángeles, y por eso son felices. Esta es la ley de la libertad. Define los límites de los derechos de cada persona. *Fuera de su camino*, los hombres tienen que sufrir, no sólo por sus propias fechorías, sino también por los pecados de los demás, -- no sólo pecan, sino que se peca contra ellos; de este modo pueden caminar como hermanos, en armonía, unidad y alegría.

No hay, ni puede haber en ninguna parte del universo, verdadera felicidad que no sea la de caminar así. Por eso Dios, en "Fidelidad y verdad" nos aconsejó a todos caminar de esta manera, y sus consejos son "maravillosos en sabiduría y excelentes en su obra".

Todo esto y más vio David cuando dijo: " Bienaventurados [o felices] los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová." No es de extrañar que oró, como es nuestro privilegio también orar: "Enséñame, Señor, el camino de tus estatutos y los guardaré hasta el fin". "Hazme seguir la senda de tus mandamientos, porque en ellos me complazco."

Todo desvío de este camino es seguir los consejos de los impíos hacia el dolor y la muerte. Así fue como nuestros primeros padres siguieron los consejos de Satanás; y la raza, que podría haber subido, antes de esto, a alturas indecibles de gloria y alegría, ha seguido el camino descendente hacia la miseria y el dolor. No es que Dios esté arriba y con mano arbitraria y vengativa derrame su cólera sobre los pecadores, sino que es el alejamiento de los simples lo que los mata. Ellos simplemente "comen del fruto de su propio camino," y esto porque ellos "no quisieron" los consejos de Dios, y despreciaron sus reprensiones.

Este es el único punto que Satanás siempre ha tratado de ocultar de nuestros ojos, para hacernos descender. Siempre nos ha engañado con la

promesa del placer, pero el seguimiento de sus consejos sólo trajo dolor. Entonces, señalando la miseria que resultaba de nuestras propias acciones, dijo: "Mirad, Dios está enojado y vengativo, o no permitiría que esto os sucediera".

Puede ser que nuestro dolor no sea el resultado de nuestro propio pecado, sino de los pecados de los que nos rodean. El hombre no es un ser solitario, sino social. "Ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nadie muere para sí mismo", dice Pablo; y en esto están las profundidades de la filosofía. El hombre más egoísta no vive para sí más que el más desinteresado, más altruista; la diferencia está sólo en la naturaleza de su influencia sobre los que le rodean. Una vida es una bendición, la otra una constante amenaza y maldición. Una piedra arrojada a un lago provoca una serie de círculos que se multiplican y agrandan constantemente. Pueden volverse invisibles para nosotros pero si nuestra vista fuera lo suficientemente perfecta, descubriríamos que no cesaron hasta que ondularon las aguas contra la orilla más lejana.

La Biblia representa a menudo la masa de la humanidad como un lago o mar de aguas. La vida de cada hombre es una burbuja sumergida en su océano. Para bien o para mal, para alegría o dolor su influencia se extiende de alma en alma en círculos cada vez más amplios, que no cesan hasta alcanzar el margen extremo de la vida humana. No podemos vivir, pensar y actuar solos. Somos partes de un gran todo, y nuestra vida afecta a toda vida.

He aquí la terrible injusticia del mal. No fue sólo Jesús quien sufrió, ese inocente por el culpable. Todos tenemos que cargar con los pecados y las penas de los que nos rodean. Dios lo sabía cuando en amor señaló el camino correcto. Satanás lo sabía cuando en odio maligno a Dios condujo al hombre por el camino descendente. Ahora, observando, descubre alguna pobre alma inocente sufriendo en agonía el resultado de los pecados de los que le rodean. El corazón afligido busca elevarse con fe temblorosa al consuelo de la conciencia de que Dios es amor. Pero Satanás susurra: "¿Qué has hecho para su-

frir tanto? Qué injusto es Dios al permitir esto? Seguramente no puede amar-te, o esto no sería así". Así Satanás acusa siempre a Dios de los resultados que han tenido los hombres por rechazar el consejo de Dios. Con razón Santiago nos amonesta: "No erréis, amados hermanos míos. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación."

Satanás siempre ha estado llevando a los hombres a errar aquí, y así los ha cegado al amor de Dios, y ha engendrado en ellos odio a Dios, en lugar de amor. Nosotros hemos visto que el amor a Dios, Padre único, incluía el amor a los hombres, sus hijos, y es, por tanto, el cumplimiento de toda la ley. Así, el odio a Dios incluye odio a todas sus criaturas, y es la violación de toda la ley. Por el pecado vino el dolor y la muerte sobre todos. Por el dolor y el sufrimiento vino la idea de que Dios está enojado y nos castiga injustamente, a los inocentes con los culpables. Así llegó al corazón humano el odio en lugar del amor. Pero el odio lleva a más pecado, a quebrantar todos los preceptos de la ley divina. Así pues, por el odio vino más pecado; y por el pecado más sufrimiento, y por su causa y su medio más odio, y a través del odio más pecado, girando en el oscuro círculo del odio creciente, y del pecado creciente, y de la creciente miseria, odiosos y odiándose unos a otros, la mano de cada hombre contra su prójimo, las imaginaciones de sus pensamientos sólo al mal, y al mal continuamente. Esta es la tendencia acumulativa descendente del pecado.

Además, a través del pecado vino una mala herencia. Los hombres nacieron con la tendencia a pensar mal y hacer el mal. A través de esto vino después un ambiente maligno, ejerciendo su influencia maligna sobre el niño desde sus primeros momentos de conciencia. Así, cada inmersión más profunda del alma en el pecado traía una peor herencia, y esto trajo un ambiente peor, y éstos trajeron el pecado de los hombres para bajar aún más el nivel

tanto de la herencia como del ambiente. ¡Ah, ¡este fue el camino descendente hacia la muerte!

Y Satanás estaba todo el tiempo achacando toda esta miseria al olvido de Dios o a su odio e ira. ¡Con razón perdieron los hombres el conocimiento del Dios verdadero! ¡Con razón lo rebajaron cada vez más a la encarnación de todo el mal, en lugar de todo el bien! ¡Poniendo así al diablo en el lugar de Dios! Y así lo hicieron, pues todo paganismo era en parte adoración al diablo. Pablo dice, "Las cosas que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios, y no a Dios". Así los hombres se alejaron de Dios. No es que Dios dejara de amarlos, sino que ellos dejaron de amar a Dios; y dejando de amar al único Padre, dejaron de amarse unos a otros. El pecado levantó un alto muro, o separación, entre el hombre y Dios, y entre el hombre y el hombre.

Dios no necesita reconciliarse con el hombre, pues, como el amor de la madre, su amor nos sigue siempre, incluso cuando estamos en el camino hacia abajo, tratando de llevarnos a Él. Pero el hombre necesita reconciliarse con Dios. De alguna manera debe haber una expiación. *No es que la ira de Dios deba ser satisfecha, de modo que vea con buenos ojos al hombre ofensor, sino que el amor de Dios debe ser tan manifiesto, a pesar de la existencia del sufrimiento y del pecado, que los hombres se vuelvan como la flor hacia el sol. El poder del sol para calentar la tierra después de la noche de tormenta es su poder de hacer brillar para que la niebla y las tinieblas desaparezcan, para que los hombres contemplen su rostro glorioso. Así el poder de Dios para calentar los corazones fríos y duros de los hombres en un nuevo amor y vida es su poder para desaparecer la niebla y las tinieblas casi impenetrables, para que los hombres lo vean tal como es y sepan que Dios es amor.*

Esta es la obra de Cristo, el Sol de justicia. Cómo la realiza trataré de mostrarlo en los capítulos sucesivos. Alabémosle aquí porque su amor no nos abandonó cuando estábamos alejados de él, sino que estando muertos en pecados, por su gran amor con que nos amó, nos dio vida con Cristo, para que por esta manifestación de su inmerecido favor nos salvara. "De tal manera amó Dios al mundo." La palabra "mundo" aquí es cosmos, que significa orden, armonía, disposición. Pero el mundo estaba fuera de orden, y fuera de armonía, casi un caos en lugar de un cosmos. Dios creó el mundo para su placer, para su gloria; pero todos pecamos y estamos destituidos de la gloria de Dios. Su elevado ideal seguía sin realizarse en nosotros. Todo lo que no fuera amor divino nos habría abandonado a nuestra suerte, a la destrucción sin esperanza de las tendencias descendentes culminantes de miseria y pecado.

Aquí el amor de Dios nos miró, no como éramos, sino como podemos llegar a ser. Nos contempló, no en las tinieblas del pecado presente, sino en la gloriosa luz del futuro posible. Bajo el caos, contempló el cosmos, cada criatura en bendita unidad, diciendo: "Bendición, honor, gloria y poder sean a Él, al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos." Todavía, su amor se aferró a nosotros, y dio a su Hijo para llevar a cabo esta posibilidad en nosotros. De esto habla Pablo cuando dice: "Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse."

¿Qué es este amor de Dios, sino el amor paternal y maternal que sigue siempre al hijo descarriado en todos sus extravíos, que lo sigue aunque el mundo lo haya abandonado y desechado, creyendo siempre en un futuro posible para él que el mundo no ve, y busca siempre, con amor y anhelo casi infinitos esa posibilidad en él? Esto es lo que Dios quiere decir cuando dice: "La madre puede olvidar a su hijo, pero yo no te olvidaré".

¡Qué consolador es saber que Él nos mira ahora siempre así, no contemplando nuestros pecados y el caos de las pasiones humanas y del egoísmo que reina en nuestro interior, sino la belleza ideal del carácter para el que nos hizo y que siempre trata de hacer surgir en nosotros! ¡Ah! ¡Esto es amor, pues Dios es amor! Como dijo al mar encrespado por la tempestad, así espera Jesús al alma encrespada por la pasión, y espera en el amor, para decir: "Paz, tranquila" -sólo espera el ojo levantado de la fe y la confianza que clama: "Maestro, ¿no te importa que perezcamos?".